

Barcelona, un mes	2'— Ptas.
Provincias	2'50 "
Portugal trimestra	8'50 "
América	8'50 "
Demás países	25'— "

Hechos y comentarios

El cerebro y la instrucción

La Prensa ha dado a conocer los propósitos del ministro de Instrucción Pública de construir un gran número de escuelas para propagar como es debido la enseñanza elemental en nuestro país. La cifra de las escuelas que cree necesarias el ministro ha hecho comprender a muchos que lo ignoraban hasta qué punto está olvidado o descuidado cuanto hace referencia a la instrucción de los niños, futuros ciudadanos, que más tarde han de constituir, en todos los órdenes de la actividad, el nervio y el brazo de la nación.

Pero, sin duda alguna, para fomentar ordenadamente la instrucción pública, no sólo debemos preocuparnos del número de los establecimientos de enseñanza, sino que igualmente ha de interesarnos el modo cómo esta enseñanza debe realizarse, pues en ella, como en todas las acciones humanas, la manera de actuar influye poderosamente en la calidad de los resultados obtenidos. Generalmente, todos los sistemas implantados en España para regular la enseñanza en las escuelas de todas las categorías, desde la más humilde del último rincón rural hasta el más flamante de los centros docentes, son métodos importados; copiados de los que utilizan otros países que, en este región de la actividad intelectual, se considera que marchan a la vanguardia de la civilización.

Esta conducta, que a primera vista es de una corrección y eficacia absolutas, ofrece a mis ojos escollos considerables. Hay multitud de casos en los que, efectivamente, importar lo mejor que en un ramo determinado existe en el país extranjero que lo produce más perfecto, es una solución sabia, indiscutible. Cuando el industrial adquiere la mejor máquina del mundo para elaborar determinado producto, obra con cordura; porque la experiencia le ha enseñado que aquella máquina, por complicada que sea, marchará en su fábrica como en el país de que procede. No sin mucho acierto, se ha dicho que constituimos un país de chofers, en el sentido, precisamente, de que somos capaces de hacer marchar cualquier artefacto aunque no poseamos, por contra, las condiciones necesarias para crearlo. Pero la enseñanza no se halla en el mismo caso. Cuando un auto marcha por una carretera nuestra, el vehículo y la carretera son, o pueden ser, exactamente iguales a las mismas cosas de cualquier otro país. En cambio, cuando pretendemos hacer marchar sobre una mente de nuestra tierra un sistema de instrucción importado, no tenemos la evidencia de que la carretera intelectual sea exactamente igual que aquella otra sobre la que corre, en otras regiones del globo, aquel procedimiento educativo, que, por habernos encantado, procuramos implantar aquí.

Hay un hecho importante que no conviene olvidar. Desde hace siglo y medio, multitud de descubrimientos científicos y de procedimientos industriales han cambiado radicalmente la faz del mundo. El vapor, la electricidad, el automovilismo, el cinematógrafo, las transmisiones radiográficas, los sistemas de elaboración de las más variadas materias, las investigaciones biológicas, todo lo que caracteriza la civilización de nuestra época y cuya sola enumeración llenaría las páginas de un libro todo ello, que es maravilloso, que constituye un timbre de gloria para la humanidad, todo ello, repito, se ha conseguido con independencia casi absoluta de los cerebros españoles.

Es duro tener que afirmar así; pero creo que es de más graves consecuencias pretender mantener oculta esta falta de colaboración de nuestra inteligencia a la labor fecunda de la intelectualidad de los pueblos civilizados. Dicen algunos que el patriotismo veda decir estas cosas. Otros dirán que esta afirmación no es exacta y con los dedos de la mano citarán excepciones sin duda alguna muy honrosas, pero que no alteran la triste condición de la ley general. Respecto al lado patriótico del asunto, hay muchas maneras de entender el patriotismo. Recuerdo el caso de cierto ministro de la Guerra, que interpellado en el Congreso sobre el estado de indefensión de España, se arrancó diciendo que si alguien invadía el territorio nacional, las escobas serían armas bastantes para arrojarle de España. La Cámara premió con una unánime salva de aplausos la afirmación del ministro, con la cual quedaron incólumes el patriotismo y la indefensión. Si suprimís de las bibliotecas y de los archivos el nombre de España y el de los españoles, no tendrís manera de escribir la historia de Europa, ni la de África, ni la de América, ni la de ningún continente. Pero en cambio, la historia de las ciencias modernas la podríais seguir

perfectamente a pesar de aquella supresión. ¿Es debido a una casualidad este apartamiento nuestro de la inmensa tarea intelectual que antes he indicado? ¿Es, por el contrario, hijo de las condiciones especiales de nuestros cerebros? ¿Se debe, quizá, a la persistencia de un ambiente de incultura, engendrado por la falta del necesario número de escuelas? No lo sé; pero insisto en decir que cualquiera que sea el motivo fundamental de nuestra ausencia del templo de esas ciencias que progresan cada día, hemos de tener en cuenta el fenómeno para corregir hasta donde sea preciso nuestros sistemas de instrucción con objeto de ponerlos de acuerdo con las circunstancias reales nuestras y no con las de los países de los cuales pretendemos copiarlos.

En lo que se refiere a la enseñanza elemental, no son pocas las escuelas de nuestro país cuyos profesores han comprendido que la instrucción debía, no estar de acuerdo con la inteligencia de un «tipón», considerado en general, sino con la de cada uno de los niños de la escuela, y los resultados que han obtenido con este método, absolutamente nacional, han sido notables. Pero cuando se eleva el grado de la enseñanza, estas normas parece que no hay el deseo manifiesto de que sean aceptadas; y lo que se discute es el programa de la instrucción más que el método para que las materias penetren en la forma que es debida en los cerebros que han de conocerlas y retenerlas. Aun en los países más adelantados, se ha iniciado una campaña muy eficaz contra estos programas complejos, formulados de espaldas a los alumnos que han de ajustar a ellos su instrucción. En nuestro país, no basta la simplificación de los programas, sino que hay que analizar a fondo los sistemas empleados para realizar esa instrucción.

No consienten los límites ni la naturaleza de un artículo examinar cuáles han de ser, en cada caso, estos métodos; pero, en términos generales, creo que, en las ciencias que atañen a cosas tangibles, se ha de procurar que el alumno, antes de aprender la teoría general sepa ejecutar las cosas objeto de ella. Que sepa medir el área de un triángulo, en muy variados casos, antes de explicarle el por qué del procedimiento. Que aprenda a manejar los cuerpos químicos antes de que se caliente su cabeza con la fórmula de las reacciones. En resumen, la lección de cosas precediendo a la lección del libro: el taller y el laboratorio como antesala obligada del aula árida, que tiene más de encierro que de lugar de verdadera instrucción.

Recuerdo el caso de un alumno que fué a perfeccionar sus estudios de química al Instituto Pasteur, de París. El primer contacto que tuvo con aquel célebre centro científico no fué enterarse de la más moderna teoría de aquella época. Fué el recibir la orden de que se llegase a una tienda vecina a comprar una docena de caracoles... Era para que extrajese de ellos el cobre que contiene su sangre. Con el aula, el libro de texto, la lección reglamentaria, ya he indicado que no hemos sabido anrontar ningún sillar para levantar el edificio de las ciencias modernas. Es preciso cambiar, de una manera radical, de procedimiento; y la primera manifestación de este cambio habría de ser la venta en pública subasta de gran número de tarimas y bancos y la adquisición de muchas mesas de trabajo y de aparatos de laboratorio.

MARIANO RUBIÓ Y BELLVÉ

Crónicas del verano

Asturias: En Mieres

Un salto de Galicia a Asturias para regresar inmediatamente a Galicia. Asturias es la transición entre Galicia y el resto de la Península. Su paisaje tiene la fuerte reciedumbre del paisaje ibérico y la multiplicidad de formas del gallego. El bable, el habla asturiana, es un curioso enlace de gallego y castellano, sintaxis gallega con palabras castellanas y a veces viceversa. Y no obstante, personalidad tan definida, tan diversa de Galicia y Castilla aflora en Asturias que no creo que haya otro pueblo peninsular de contenido más típico. Cuando uno ha vadeado la suave corriente del Eo, en el límite de Galicia y Asturias, inmediatamente se percibe que ya no se está en Galicia, aunque también se perciba que Galicia no anda lejos de allí.

Pero, cuando la cuenca de Mieres se abre detrás de las montañas, todas las sensaciones paisajistas, todas las reflexiones sobre las diferenciaciones nacionales, se sumen en el olvido agobiadas por la estampeta de la Cuenca. La Cuenca de Mie-

res es uno de los yunques del trabajo español. Aquí trabajan 25,000 mineros y 5,000 metalúrgicos, entornados por una población no superior a 20 o 25 mil almas. Es decir, el trabajo no está aquí como en las grandes ciudades sumido en un ambiente social distinto, sino que el trabajo es en la Cuenca el denominador supremo y definitivo de la misma.

Desde la cima del monte que por occidente cierra la más grande cuenca minera de España, pueden descubrirse y retenerse en el marco de una sola mirada la Felguera, en primer término, donde se levantan las grandes fábricas metalúrgicas del mismo nombre; Sama, un poco más hacia el oriente, en el centro de la Cuenca, Mieres, y al fondo, Turón. La Cuenca es tan estrecha que tiene la forma de una cañada cuyo lecho se disputan el río Caudal, negro como pez del sudor del trabajo negro de los mineros, y las líneas de los ferrocarriles que transportan hacia el puerto el carbón. Las montañas que cierran esta cañada son las que en sus entrañas guardan los filones del carbón.

Los cascos ciudadanos de la Felguera, Sama, Mieres y Turón se ven obligados a trepar por las faldas de las montañas carboníferas y sujetarse allí. De entre las casas, en el punto donde una calle se ensancha un poco o donde se forma una plaza, surge la boca de la mina como la de un metropolitano. Sobre el paisaje verde y las casitas de los mineros incorporadas al paisaje, giran los cables y los pequeños ferrocarriles carboneros con una constancia en ritmo con su negrura. Parece la Cuenca de Mieres una pequeña imagen de Bélgica o del Sur de Alemania.

A pesar de estos 30,000 trabajadores aquí reunidos con sus familias, en Mieres no existe una sola escuela del trabajo, ni de oficios, ni de artes. Ni existe siquiera un instituto elemental de segunda enseñanza. Las escuelas son pocas y malas si se exceptúa un grupo escolar, bien dotado de locales, pero muy mal de material, que tiene apenas cabida para 300 chicos, y al que asisten más de 600.

El resto de España conoce la Cuenca de Mieres más por las luchas de los trabajadores con las empresas que por el auténtico valor de la Cuenca. Si alguna vez se habla en los periódicos de Mieres es para dar cuenta de algún conflicto obrero. Parece como si de lo que ocurriera en este emporio de la cotidiana laboración no tuviera interés más que el conflicto, lo extraordinario, cuando debiera ser al revés. Todos los periódicos de España deberían tener aquí sus corresponsales permanentes con mucha más razón que los tienen en cualquier capital de provincia.

De ese conocimiento inconcreto que uno tiene de las grandes luchas que han sostenido los mineros asturianos uno espera encontrarse con una gran organización de los trabajadores mineros. Pero, en verdad la lucha y las huelgas continuas de los mineros asturianos les han servido para bien poco. Es la misma cuestión de todos los trabajadores españoles. El minero asturiano ha puesto siempre toda su energía en la consecución de mejoras inmediatas y de primer término sin preocuparse de mejorar sus seguridades sociales. Aumentos de jornal, disminución de horas de trabajo, estos han sido los dos únicos factores que han movido siempre al minero asturiano. Así consiguieron durante la guerra europea jornales verdaderamente fabulosos y lograron más tarde la jornada de 7 horas. Aun hoy el minero de Asturias, con un jornal medio de 11 a 12 pesetas se sostiene en una situación superior a la de muchísimos trabajadores españoles. Pero, en cambio, el minero de Asturias carece de todos los medios sociales de protección al trabajo. Las condiciones de salubridad de las minas son en algunos casos deficientes. Sólo muy contadas minas disponen de servicio de duchas y lavaderos para los trabajadores; en la mayor parte de las minas los mineros se lavan en los cauces de agua que salen de la mina envueltos en carbón y grasas. Los sindicatos de mineros son pobres y no tienen ni servicio médico, ni seguro de enfermedad ni siquiera una biblioteca. No poseen cooperativa ni disponen de ninguno de los medios de colaboración social de que dispone todo sindicato similar en el extranjero.

Las viviendas de los mineros son pobres y malas, algunas hasta téticas, y carísimas. La vivienda de un minero con dos habitaciones y una cocina cuesta en mieres alrededor de 60 pesetas mensuales. Solamente en Turón, gracias a que las ha construido la empresa de las minas de Turón, los obreros disponen de buenas viviendas y baratas.

Los organismos obreros, algunos de los cuales ya tienen muchos años de vida, no han sido nunca capaces de organizar ninguna escuela ni clase alguna para la complementación de la cultura de los mineros. Ni siquiera la escuela de analfabetos. Yo he preguntado a algún minero para que le sirva su organización, y ape-

nas si ha sabido qué contestarme. Aquella sirve sólo para plantear huelgas, y huelgas en las que se exigen condiciones de trabajo eventuales y pasajeras que pueden volverse a perder al otro día, obligando a comenzar de nuevo la lucha.

Pero ni siquiera para las huelgas es eficiente el sistema, porque no comprende un fondo ni medio de resistencia alguno. Esta imprevisión, esta desorganización de los movimientos obreros y la falsa línea por qué se les ha conducido siempre, no puede ser sustituida, cuando la ocasión se presenta, más que por la violencia.

Si a un obrero alemán quisiera alguien explicarle cómo están organizados aquí los obreros, no podría comprenderlo. Y si al fin pudiera comprenderlo, diría:

—¡Ah!, vamos, es para ir contra los trabajadores.

AUGUSTO ASSIA

Mieres, Asturias, julio.

Nuestro tiempo

Tierra nativa

No deben compartirse los remilgos de aquellos que desdennan las literaturas de típico carácter regional. Pretentan que esas obras pierden en sentido de universalidad. Pero olvidan que ganan en intimidad emotiva y en intensidad de color. Es más; será difícil encontrar escritor que no haya nutrido su espíritu, y por lo tanto su obra, en el amor, el recuerdo y el encanto de la tierra nativa. ¿No se advierte la Provenza de origen en Daudet y la Normandía, que fué su cuna, en Maupassant? ¿Y nuestro Peñeda y nuestro Valera?

Típico también es el belga Eckhond. El nos ha dejado, en sus novelas y cuentos, toda la hermosura bravía de la naturaleza y de los hombres en aquel rincón de su Flandes natal. El lo llama «mi Vendee». Y para él no quiere decir una región que rechaza todo lo que es extraño o le es impuesto; que quiere conservar su fisonomía original, su espíritu indígena y sus costumbres tradicionales, dispuesta a defender ese tesoro inapreciable con las hoces o con los picos en un esfuerzo desesperado del patriotismo fieramente localista. Y en ese rincón de Flandes, es donde se selecciona la sangre de Amberes, «joya del reino». Eckhond defiende todo eso como si fuera un rico patrimonio inalineable. «En todo lo que escribe Eckhond— escribe uno de sus críticos—, incluso a través de sus violencias salvajes y de sus cóleras rojas, se advierte la tristeza de las cosas que van a morir.»

Y otro crítico se expresaba también en igual sentido. «En presencia del trabajo de las civilizaciones—dice—, mafando poco a poco la originalidad de las razas y la nota pintoresca, sus páginas serán las únicas que recuerden a las generaciones nuevas que hubo un tiempo en que existían unos flamencos harto indomables, bastante orgullosos para defender su individualidad, su personalidad y sus creencias contra las dominaciones extranjeras. Reivindicaciones artísticas como «Kees Doorick», como las «Kermesses», como «Las Milicias de San Francisco» son de un precio inestimable en una época en que los caracteres se hallan prontos a toda abdicación. Sin la literatura, que es el refugio de todos los orgullos, nuestro país, antes glorioso, hubiese podido descender al nivel de los pueblos que no saben ya afirmar una existencia personal sin elevar un grito de protesta. A la hora presente, gracias a Eckhond y a pesar de las invasiones del exterior, una obra quedará al menos que generosamente perpetuará las últimas resistencias de la patria flamenca.»

Es verdad. Pero ese alto honor patriótico, justo es decirlo, no corresponde exclusivamente a Eckhond. Corresponde también a su predecesor, de quien Eckhond es el más insigne discípulo, Carlos de Coster, que dejó ese monumento de la «Leyenda de Ulenspiegel», que es como la evocación viva del genio y del temperamento de una raza, una especie de Romancero de Flandes en que se han consignado sus viejas fiestas y sus antiguos fastos históricos.

Bélgica ha tenido la fortuna de encontrar dos escritores, en nuestro tiempo, que han sabido evocar admirablemente su doble personalidad, sus dos espíritus raciales y sus dos fisonomías bien diferentes y en cierto modo hasta contradictorias. Lemonnier ha descrito la parte de Brabante; Eckhond, la parte de Flandes. En este último, sus páginas son un desfile de lo más típico; las danzas vertiginosas en la Kermesse de Putte, las fiestas en Amberes, la abigarrada feria de Dieghem, el torneo pintoresco de los Gansryders, la peregrinación de Montaigne, la comida de los se-